

# GUATEMALA ENTRE EL IMAGINARIO DE LA DERROTA Y LA POSIBILIDAD

Carolina Escobar Sarti

## Estructura y coyuntura

No podemos leer a Guatemala sin leer la crisis del capitalismo que se expresa en el resto del mundo en todos los órdenes, así como la reconfiguración del poder político en el sur de nuestro continente latinoamericano. Sin embargo, en este artículo nos enfocaremos en la realidad actual de una Guatemala mayoritariamente indígena, hegemonizada por no indígenas; una sociedad que parte de cosmovisiones distintas, segmentada en clases, ideologías, comunidades lingüísticas, etnias, partidos políticos y religiones. Al cruzar estos datos, nos encontramos con una historia de exclusión y marginación de larga data que se expresa fuertemente en realidades como la desnutrición, la impunidad, la corrupción, el fenómeno migratorio y las “maras” o pandillas.

Guatemala es una sociedad de corte patriarcal, patrimonial y conservador, donde perviven relaciones de género basadas en la opresión, y se normalizan la discriminación, la exclusión y la violencia (sobre todo la sexual) en los cuerpos de mujeres, niñas y niños. Siguen siendo problemas estructurales la propiedad de la tierra y de los recursos naturales en el marco de una arquitectura jurídico-agraria que nació perversa (sobre todo a partir de 1871). Y podemos hablar también de un Estado centralista alejado de lo plurinacional, del control de los recursos del Estado por el capital tradicional y emergente, así como de una estructura tributaria diseñada para la evasión y la defraudación.

En este marco se da el cisma alrededor de los casos de corrupción que fueron y siguen siendo develados desde inicios del año 2015 hasta hoy. No es simple coyuntura, porque nuestra coyuntura trasciende el momento y nos remite a un *continuum* de décadas, sólo interrumpido por momentos excepcionales. Lo que hoy vivimos en Guatemala es parte de una misma coyuntura de relaciones de poder cifradas históricamente alrededor del capital (como fin), la política (como medio), y el miedo (como método). Nunca nos fuimos realmente de allí, aunque en teoría tuvimos tres momentos que refrescaron ese estado de cosas y le dieron respiración artificial a nuestra endeble intención democrática: cuando iniciaron los gobiernos civiles en 1986; cuando se firmaron los Acuerdos de Paz,

diez años después; y cuando se destaparon los casos de corrupción en el 2015.

A lo largo del 2015 comenzamos a sentir que teníamos algo que decir de nuevo como ciudadanía, ingenuamente al inicio y luego tomando conciencia de la tarea titánica que ello implicaba. Estados Unidos, la Comisión Internacional Contra la Impunidad (Cicig), el Ministerio Público (MP) y la sociedad civil (en ese orden primero y luego desplazándose en un orden distinto según las etapas que enfrentamos), aparecen hoy como los grandes protagonistas del nuevo momento histórico-político. ¿Qué pidió la ciudadanía entonces? (Acá habría que estudiar a fondo el papel de los medios de comunicación, las redes sociales y las elecciones mediáticas que se sucedieron a la caída de Pérez Molina y su gobierno para responder a la pregunta de cuán manipuladas fueron las movilizaciones y si realmente lo fueron, en qué niveles). La ciudadanía pidió: 1) Iniciar la lucha contra la corrupción a partir del caso de La Línea; 2) Lograr la renuncia de la plana mayor del gobierno del Partido Patriota (PP); y 3) Las reformas a la Ley Electoral y de Partidos Políticos (LEPP). Al final del año se sumó también el tema de la depuración del Congreso. Detrás de estas peticiones estaba (y está) la intención de una transformación profunda del Estado.

Entre los protagonistas de nuestro relato social actual, como ya se mencionó antes, están los representantes de una clase política casi toda corrupta, y en buena parte heredera de las viejas prácticas que quedaron desnudas en casos como La Línea, IGSS-Pisa, Aceros de Guatemala, TCQ, los Papeles de Panamá y tantos más. Siendo la corrupción primero consecuencia, pero también causa de este histórico sistema corrupto de larga data, no desconocemos a otros actores protagónicos de esta ecuación económico-política: los dueños del capital transnacional y nacional (tradicional y emergente), que históricamente han sobornado, corrompido y dirigido a los operadores de la agenda del poder en el país.

Sigue entre nosotros la Embajada de Estados Unidos, entrando y saliendo de nuestra intención democrática, de nuestras salas, comedores, jardines y cuartos, y hasta de nuestras cocinas y baños. Y pervive la hipocresía de quienes fingen que no lo sabían, de quienes fingen anhelos de soberanía cuando hace muchas décadas y siglos hemos sido intervenidos y nuestro país sigue siendo vendido por

## El 2015 constituyó un parteaguas en un sentido aún no tan visible

treinta denarios. Y los mismos que gritan soberanía cuando les tocan las cuentas bancarias o se ven próximos a ocupar las carceletas de la Torre de Tribunales por cuestiones de derechos humanos o de corrupción, son los que han callado históricamente cuando entran al país inversiones que provocan mayor miseria, los que han callado cuando se desvían los ríos y se apropian de territorios ajenos, cuando faltan medicamentos en los hospitales, cuando la educación no llega a todas partes.

Y sigue entre muchos de nosotros el imaginario de la derrota (que implica en otros el imaginario de la victoria), que siempre presupone una víctima y un victimario y nos coloca como la cualidad amenazante del otro, pero necesaria para sostener este orden, haciéndonos parte de una ecuación poco flexible y sin salidas aparentes. Sin embargo, en medio de un entramado social complejo de guerra, primero, y luego de post guerra, los mitos sociales han ido mutando; han sido diversos y multisignificantes, se han ido traslapando, desgastando, modificando, contaminando, descontaminando o reelaborando. Ha habido una ruptura y quizás estemos aún demasiado cerca para dimensionar su tamaño, pero muchos hemos recuperado a nivel colectivo el sentido de ser sujetos sociales y políticos capaces de cuestionar los códigos hegemónicos de interacción social y las normas admisibles.

### Ruptura y fisura: ¿ya no somos los que éramos?

Vivimos un tiempo de relaciones rizomáticas, de dispersión, simultaneidad y desplazamientos constantes de las variables que definen nuestra trama actual de sentido. Los catecismos ideológicos, los modelos políticos y muchas de las elaboraciones teóricas que nos sirvieron en el siglo XX, no parecen alcanzar para intentar ordenar el inquietante, vertiginoso e increíble despliegue de acontecimientos que todos los días enfrentamos en nuestros territorios. Podemos sentir la incertidumbre que hay en Guatemala, pero las redes sociales nos acercan en tiempo real también a las incertidumbres de Siria, el Mediterráneo, Brasil, Venezuela, Bélgica o París.

Y sólo porque se nos enseña a creer demasiado en la Constitución, en sus pesos y contrapesos, diré que en el marco de la Constitución guatemalteca que nos manda, sucesivos gobiernos guatemaltecos han venido respondiendo a un conservadurismo definido desde el Consenso de Washington, y luego a nuevos “consensos” como el Plan Alianza para la Prosperidad. Es un hecho que la mayoría de los puestos de decisión en el Estado guatemalteco siguen siendo ocupados por representantes



Ex-presidente de Guatemala, Otto Pérez Molina

directos (u operadores) del *establishment*, y que esos consensos, con sus consabidos discursos asociados, han definido líneas de acción y relación convenientes a la agenda de seguridad hemisférica de Estados Unidos, en el marco de la estrategia geopolítica actual trazada desde aquel país, con el beneplácito de los grupos de poder locales. Esto no es nuevo. Sin embargo, también es un hecho que hay una sociedad civil guatemalteca más informada, consciente, indignada y sensible a problemas esenciales como la impunidad, el agua o la sobrevivencia, por ejemplo, que está generando pesos y contrapesos sociales fuertes, cuestionando desde dentro la dinámica de las relaciones tradicionales de poder y generando desplazamientos entre lo que hemos conocido como centro y periferia. Y está pasando sobre todo entre la juventud, tanto de áreas rurales como urbanas.

Es muy pronto para medir cuánto hemos cambiado desde el 2015, a qué velocidad nos estamos transformando o cuáles son los tres, cinco u ocho puntos en los que nos estamos poniendo de acuerdo, si es que lo estamos haciendo. Lo que es un hecho es que nos movemos. Quizás sólo sea una cuestión de percepción, pero en este momento la correlación de fuerzas se ha movido y hay un corrimiento de algunos grados en las dinámicas del poder. Sin acudir a una generalización que trivializa este complejo proceso que vivimos, diré que los procesos judiciales abiertos contra ex funcionarios públicos, empresarios, militares y otros actores con poder de decisión, históricamente intocables, han alterado nuestra percepción de las cosas, de la correlación de actores, y hasta la de nuestra propia posición como sujetos situados en esta trama de sentido.

Vemos, incluso a comunidades y organizaciones haciendo uso de rutas conocidas de resistencia, como La Puya, pero con renovada fuerza y desde planteamientos más

estratégicos. Tenemos un ejemplo de lo anterior en la reciente Marcha del Agua realizada en abril de 2016, que nace en las entrañas de Guatemala y recorre por doce días los caminos del país hasta llegar a la capital. Esta marcha de miles de personas, comunidades y organizaciones que integran la Asamblea Social y Popular, entre otras, se insertó en medio de las múltiples tensiones existentes de nuestra coyuntura, y planteó la necesidad de una transformación profunda del modelo económico-político de despojo, exclusión y destrucción que ha imperado históricamente en el país. Borraron la línea entre el corto, mediano y largo plazo, para darle a la acción un sentido de proceso y movimiento permanente. Se hicieron escuchar por distintas autoridades de los poderes estatales, aunque muchos capitalinos que fueron a las movilizaciones del 2015 hayan vuelto a usar el término “revoltosos” para referirse a ellos; hablaron de los ríos desviados hacia las grandes plantaciones de monocultivos sin que nadie los callara, de la recuperación del agua y de los territorios, pero también de la criminalización de líderes campesinos, indígenas, sociales y populares; trajeron su realidad a la ciudad de manera pacífica y con ello definieron los límites del poder que le otorgan en este momento al Estado, y por ende los propios.

Hitos como éste nos obligan a hacer relecturas permanentes de la realidad. Estamos aprendiendo otros lenguajes, otras formas de relacionarnos y comunicarnos. Sólo este cambio de percepción nos coloca en otra latitud, y dejamos de ser en nuestro imaginario un poco menos protectorado y un poco más sujetos y colectivos sociales a cargo de nuestra historia, nuestro presente y nuestro destino. Y pareciera que el imaginario de la derrota, que dibuja siempre a unos pocos en el centro de la jugada y a otros muchos fuera de ella, ha quedado un poco derrotado. Un poco.

## **Entre el imaginario de la derrota y el de la posibilidad: nos movemos**

A partir de las movilizaciones ciudadanas del 2015, cuatro cosas han ido sedimentándose lentamente: 1) Un cambio de percepción, aunque sea de pocos grados; 2) Nuestro sentido de ciudadanía, porque pudimos intervenir en un momento político clave de nuestro país y ganamos confianza y músculo social en el ejercicio mismo; 3) La reapropiación colectiva de la calle, porque retomamos plazas, calles y caminos, como los corazones y las arterias de un cuerpo social que no se había visto a sí mismo integrado, aunque sea por un breve instante. La historia de las resistencias en Guatemala es incuestionable, pero esta coyuntura generó una participación más plural en los espacios públicos; 4) La Juventud, como actor colectivo fundamental, porque recuperamos algo del aliento de generaciones anteriores que anhelaron una Guatemala distinta (conciencia histórica), y ahora tenemos jóvenes pensando, relacionándose y

organizándose con fuerza en distintos espacios, tanto en lo urbano como en lo rural (presente posible). Esto está generando encuentros (incluso intergeneracionales) importantes, menos intervenidos por la polarización que nos ha caracterizado en las últimas décadas, lo cual no quiere decir que sean encuentros sin debate o discusión. Esto está fortaleciendo la intención democrática.

También, a partir del 2015, el problema de la falta de independencia judicial ha quedado expuesto y nombrado, por lo tanto hoy existe de manera distinta. Lo mismo ha sucedido con la falacia de la supremacía de la ley en casos que tienen una connotación clientelar y una honda raíz política y económica. Esto ha puesto en evidencia la pervivencia de poderes fácticos y corporativos que pactan la impunidad y compran a la burocracia de servidumbre, que determinan y configuran un estado de cosas sobre la ley y los derechos. Habla de exenciones fiscales, de privilegios, de licencias y concesiones de muchos años para el usufructo del territorio y la explotación de recursos.

Actualmente, bajo el gobierno de Jimmy Morales, hay una continuidad de la reconfiguración autoritaria del Estado, inscrita en un marco neoliberal conservador, militarista y nacionalista. Hay una remilitarización de la sociedad (bajo los pretextos de la seguridad ciudadana y la soberanía nacional, como en el caso de Belice, con más de tres mil soldados en la frontera cuando la salida debió ser diplomática por la muerte de un niño guatemalteco). Se ha actuado con violencia y se ha producido la persecución y la amenaza contra defensores de DDHH y personas de las comunidades en resistencia; su protesta se ha criminalizado y judicializado. Los grandes monocultivos, el extractivismo y la transnacionalización de la economía (pactada con socios locales) siguen siendo problemas de fondo sin resolver en un contexto de democracia de mercado. Sin embargo, no somos los mismos. Las movilizaciones que nos pusieron frente a frente, generaron mucho movimiento alrededor de los colectivos sociales que se formaron o fortalecieron a partir de ellas (Otra Guatemala Ya, Justicia Ya, Somos, La Comuna, Movimiento Semilla y muchos más); la Marcha del Agua, nacida en el seno de organizaciones sociales, populares y campesinas; la juventud estudiantil organizada alrededor de expresiones como la Coordinadora Estudiantil Universitaria de Guatemala (CEUG) a partir del 2015; y una sociedad más alerta en general, han mostrado que las viejas relaciones de poder se instalan en una trama de sentido distinta. Y lo mismo está sucediendo alrededor de los casos contra la corrupción y de derechos humanos en las distintas cortes del país.

El 2015 constituyó un parteaguas en un sentido aún no tan visible. Fue el inicio del fin de un Estado patrimonial y clientelar, y de una crisis sistémica y política de larga data.

Los cuerpos de quienes han sentido que sus demandas han sido escuchadas comienzan a convertirse en espacios sociohistóricos de deconstrucción y reinención de los paradigmas dominantes, vinculados a procesos simbólicos y materiales. Las estrategias discursivas de esos cuerpos constituyen proyectos altamente políticos inscritos en una cultura históricamente tolerante a la opresión. Se han resignificado cuerpos de palabras y cuerpos para la acción política que contribuyen a deconstruir un orden encarnado precisamente en esos cuerpos.

Nos movemos. Devenir sujeto social y político, ciudadano/a, persona en Guatemala luego del 2015, es una transformación ética y política que pide la ruta de los cambios inmanentes, y precisa de la redefinición del “estar-generizado-ciudadanizado-humanizado-identificado-en-el-mundo” desde la propia localización en el espacio social guatemalteco como hombre, mujer, adulto o joven, indígena o mestizo, hispanohablante o mayahablante, homosexual o heterosexual, entre muchas otras caracterizaciones. El activismo nómada es una práctica política corporizada que ha de considerar las nuevas definiciones y, por lo tanto, el corrimiento de las fronteras de lo conocido.

Los que tradicionalmente han sido nombrados y reconocidos (autoreconocidos también) cuerpos colonizados, marginados, periféricos, excluidos, no son entidades pasivas que reciben mensajes o acciones específicas sino conjuntos vitales y textuales, que se comienzan a comparar ya no con códigos reconocibles específicos, sino con conjuntos de prácticas textuales. Esto significa que no están recibiendo un único mensaje sino muchos, en sentido sincrónico y diacrónico, que piden relacionarse de manera más dinámica y desde múltiples niveles y escenarios, convirtiéndose en sujetos activos (a veces más a veces menos), insertos en un sistema social de discursos, que genera constantemente nuevos discursos y prácticas. Dejan de verse sólo como víctimas, como la parte derrotada de la ecuación, y se convierten también en cuerpos múltiples y posibles.

Las interacciones mismidad-alteridad, centro-periferia, colonizadores-colonizados, han sido impactadas por la globalización y esa simultaneidad de la que hablamos antes. Ya no se establece un modelo dialéctico de oposición, sino patrones más dinámicos, no lineales, menos predecibles, más en red, más contradictorios y zigzagueantes. Esto deriva en unos “otros” que ya no son sólo los marcadores de exclusión y marginalidad, sino también pueden ocupar la posición de sujetos alternativos de un “nosotros”. Han sido posiblemente por mucho tiempo cuerpos considerados desechables y colonizados, pero también son cuerpos decisivos para las transformaciones éticas y políticas del imaginario de la derrota.



Cuando lo hegemónico y contrahegemónico (como perspectivas, no como personas) se encuentran, se comunican y acortan la distancia entre sí (aunque desde mi concepción no sean perspectivas totales), se producen los momentos fundantes de una sociedad como la nuestra. Esta idea la tomo prestada de Goffmann. Así sucedió en el 2015, fuimos todas y todos actores de un momento común de nuestra historia, nos hicimos más humanos, más reales y vulnerables frente a los otros. La pregunta es si, de manera consciente o inconsciente, asumimos entonces o ahora el compromiso de enfrentar las causas y efectos de ese distanciamiento y de caminar hacia un pacto social más amplio, híbrido y heterogéneo.

Estratégicamente vamos hacia la reforma integral del Estado, pero Guatemala no será jamás una entidad acabada. No tenemos el control del “producto final” que seremos, pero estamos moviéndonos hacia el cambio profundo que queremos ser. Si algo nos dejó el 2015 es la consideración de Guatemala como algo en proceso de transformación permanente, y no como un concepto estático, elaborado a partir del ejercicio axiomático que nos permite la teoría. Esta entidad en movimiento precisa de niveles importantes de articulación de los sujetos sociales, de los colectivos, de las comunidades, de todas y todos. El movimiento es lo que nos relaciona y define en una Guatemala real, inmersa aún en una profunda crisis estructural. Es tiempo de pensar y actuar simultáneamente para no quedarnos en lo empírico sin contenido, o en la teoría distante de la realidad. Que las ideas y las acciones se muevan juntas y nos sirvan para ir ordenando el caos de hoy y para maximizar la democracia del mañana. Una fisura se abrió en la piel de este país en el 2015. Y no fuimos inmunes. ☒

**Carolina Escobar Sarti** (Guatemala, 1960). Escritora guatemalteca, columnista de prensa, profesora universitaria y directora de Asociación la Alianza, entidad que trabaja con niñez y adolescencia víctima de trata, violencia sexual o en alto riesgo social. Doctora en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad de Salamanca, Magíster en Literatura Hispanoamericana y Licenciada en Letras.